

1

“La agarró por la cintura y la besó apasionadamente hasta que ella y su cuerpo cedieron por completo a la pasión que quemaba su interior. George la penetró allí mismo sin compasión; solo ansiaba poseer el cuerpo que tanto deseaba...”

—Lucía, ¿qué lees con tanto entusiasmo?

—Nada, cosas de cocina.

Cerré el libro de golpe y lo escondí con disimulo debajo del cojín del sofá. Roberto había llegado antes de tiempo del trabajo y la novela que mi amiga Nuria me había dejado el día anterior me tenía enganchada. Era la primera vez que leía algo así.

—¿Qué hay para comer?

Me muero de hambre. Roberto trabajaba como profesor de Educación Física en el instituto del pueblo y tenía hambre a todas horas. Siempre estaba con su deporte y con su dieta. A sus treinta años tenía un cuerpo perfecto y ni un gramo de grasa. Era todo músculo. Para michelines ya estaban los míos.

—Te he hecho ensalada y lubina al horno.

—¡Cómo me cuidas!

Se acercó y me dio un beso en la frente. Sonreí como una tonta. Estaba locamente enamorada de mi apuesto marido. Llevábamos diez años casados y lo quería como el primer día. A su lado, el tiempo volaba. Con decir que nos casamos con veinte años y ya había pasado una década...

—Cielo, este fin de semana Juan me ha invitado a un coto de caza con unos colegas suyos. Es en un campo, no muy lejos de aquí.

La noticia me cogió por sorpresa. No imaginaba a mi marido con unos pantalones militares y una escopeta en la mano. Fuera de la ropa de deporte con la que siempre vestía, mi imaginación no alcanzaba para mucho más.

—¿A cazar? ¿Desde cuándo te gusta a ti la caza?

—Es por salir de la rutina —respondió Roberto—. Ya sabes que a mí la caza no me va. Es más por pasar el rato y divertirnos. Vienen también unos compañeros de fuera, que son los dueños del coto. De aquí del pueblo solo vamos Juan y yo.

—¿Y qué hago yo sola en casa todo el fin de semana? —le pregunté.

No es que me pareciese mal que mi marido se fuese de caza o se divirtiera con los colegas, pero, ¿qué iba a hacer yo sin él?

—¿Es que te parece mal? ¿No quieres que vaya? —dijo él. Parecía molesto, y eso que yo en ningún momento le había dicho que no fuese.

—Cariño, no he dicho eso... Claro que puedes ir, solo que no sé qué hacer sin ti todo el fin de semana.

—Llama a tu amiga Nuria e id a dar una vuelta. Hace siglos que no lo haces. No te vendría mal cambiar de aires.

Dicho esto, Roberto terminó el pescado. Me quedé pensando unos instantes.

—No sé, supongo que algo haré —dijo finalmente—. Tú vete y pásalo bien...

—Es que no puedo tener una esposa mejor que tú.

Vino hacia mí y me abrazó. Me sacudió el pelo rubio, quemado por los tintes, y fue al sofá. Yo recogí la mesa y puse el friegaplatos. Eché un vistazo desde la cocina al salón y vi que Roberto estaba sobado frente al televisor. Lo miraba y daba gracias a Dios por tener un marido tan guapo y cariñoso conmigo.

Nos conocimos con dieciséis años en el instituto. Yo, en aquella época, era un auténtico bombón. Delgada, con el pelo ondulado, castaño, los ojos verdes y un cuerpo de infarto. Algunos años después me había convertido en una maruja teñida de rubio, con diez kilos de más y el único entretenimiento de hacer dobladillos y algún respunte para las vecinas.

En aquel tiempo, Roberto era el chico más popular del instituto, el más guapo. Se fijó en mí y empezamos a salir. Nos enamoramos tanto que, con veinte años, nos casamos. No hubo ni embarazo ni historias raras de por medio. Fue tan solo puro amor.

A sus padres no les hizo mucha gracia, ya que era su único hijo y querían que terminara los estudios; y eso hizo. Yo no pude continuar con la carrera de Periodismo porque no podíamos costearla, así que me conformé con un curso de Corte y Confección y fuimos saliendo adelante. Roberto consiguió aprobar las oposiciones y obtuvo plaza ya en el instituto, mientras yo me dediqué en cuerpo y alma a hacerlo feliz.

En ese momento sonó el teléfono. Fui rápidamente a contestar para que Roberto no se despertara.

—¿Has empezado el libro que te dejé?

Era mi amiga Nuria. No pude evitar ruborizarme al recordar una de las escenas que había leído. Ella estaba divorciada, lo que en el pueblo era como llevar la letra escarlata tatuada en la frente.

—Sí —respondí en voz muy bajita.

—No te oigo. ¿Qué bicho te ha picado, Lucía?

—Roberto está durmiendo y no quiero despertarlo.

—Eso es lo que tienes que hacer: despertarlo y pegarle cuatro polvos. Como los del libro.

Al otro lado de la línea Nuria reía descaradamente.

—No seas burra —contesté escandalizada.

El rubor me llegaba hasta los pies. Mi amiga estaba como una cabra, pero la adoraba. Aunque estuviera bien fastidiada, siempre tenía una sonrisa en la boca y una buena palabra cuando la necesitabas. Nunca estaba de mal humor. Estar con ella significaba un constante chute de energía positiva.

—¿No me digas que no mojas las bragas con el libro?

Nuria parecía dispuesta a sacarme los colores.

—A mí solo me pone mi Roberto —contesté a la defensiva—. Es mi único hombre.

—¡No me lo puedo creer!

Nuria gritaba a través del teléfono. Yo no era una experta en hombres como mi amiga, así que no podía hablar de lo que desconocía. Únicamente había estado con Roberto y era de lo que podía opinar.

—Luego hablamos —dije—. Vas a despertar a Roberto con tus gritos. Casi me perforas el tímpano.

—No, no, no. Esta tarde paso a buscarte y tomamos un café.

—Mejor quedamos el fin de semana, que Roberto se va de caza con Juan y unos amigos. Así tenemos más tiempo.

—¿Te he escuchado bien? ¿Roberto de caza este fin de semana?

Nuria seguía perforándome el tímpano con sus gritos a través del auricular. No entendía esa actitud tan agresiva.

—Sí, no es para tanto... —Empezaba a mosquearme un poco. Yo era una persona muy tranquila y no me gustaban los gritos.

—Perdona, cielito. Tienes razón. Este finde lo vamos a pasar en grande las dos. Ya nos llamamos. Un beso.

Colgó.

Era toda una montaña rusa de emociones. No me rompí la cabeza intentando analizar a Nuria. Era una persona muy especial y no había que entenderla, solo hacía falta quererla y punto. Como Roberto seguía con su placentera siesta, fui en busca del libro, oculto bajo el cojín del otro sofá, perpendicular al que ocupaba mi marido, y retomé la lectura.

“Doris jadeaba con pasión mientras él la penetraba con la dureza del guerrero que era. George devoraba su boca sin piedad mientras ella se arqueaba buscando la profundidad de su pene. Su vagina estaba abierta y expuesta para recibir otra penetración, aún más fuerte, de su rudo amante.

El sudor de los dos olía a puro sexo. Los dos jadeaban excitados por el momento tan libidinoso que estaban compartiendo.

—George, nunca había conocido a un hombre como tú —jadeaba Doris de placer.

—Ahora sabrás lo que es un hombre de verdad, pequeña —le susurraba él al oído.

La poseyó toda la noche de mil y una formas como ella nunca antes había soñado ni imaginado. Su cuerpo se estremecía con cada embestida.”

—Lucía, ¿estás bien?

La voz de Roberto me devolvió a la realidad. Se había despertado de la siesta y yo ni me había enterado. Estaba con la boca abierta, los ojos como platos y un calentón del veintitrés.

—Cariño, ¿me has oído? —repitió.

—Sí, sí, perdona. Estaba en otro mundo.

—Ya lo veo. Voy a darme una ducha. ¿Me sacas la ropa limpia?

Roberto era el típico hombre al que se lo tenías que dar todo hecho. No sabía ni dónde estaban sus calcetines.

—Vale, vale.

—¿Seguro que estás bien? —volvió a preguntar.

—Sí, creo que la comida no me ha sentado bien.

—Deberías ponerte a dieta cariño. No te vendría mal.

—¡Serás capullo! —le tiré un cojín enfadada.

Vino hacia mí y me agarró por la cintura. Hacía años que mi cuerpo no se aceleraba de aquella manera. Aquel libro calenturiento debía tener propiedades excitantes ocultas. De pronto, noté calor en mi entrepierna y miré con deseo a Roberto. Ya no recordaba la última vez que habíamos hecho el amor, pero ese día le tenía unas ganas de muerte. Me enganché a su cuello y lo besé. Él se sorprendió por mi actitud y me devolvió el beso. Su lengua buscaba la mía y yo me puse a cien. Noté cómo se estaba excitando; su abultada entrepierna hacía presión sobre mí.

—Cariño, ¿qué te han dado hoy?

Su voz sonaba tremendamente sensual y mis pezones se pusieron de punta.

—Tengo el marido más sexi del mundo, normal que me pongas cachonda —le dije para provocarle.

—Cielo, estás desconocida.

Roberto me quitó la vieja camiseta que llevaba y yo comencé a luchar contra la suya. Entonces, mi mano fue directamente a su paquete. Él se sorprendió por mi actitud descarada y se empalmó aún más.

—Lucía, me estás poniendo cardíaco —dijo, respirando con dificultad.

—Hazme cosas —le dije pensando en el libro.

Estaba caliente y solo quería que me empotrara como había hecho George con Doris.

—¿Qué cosas quieres que te haga, cielo? Me tienes desorientado...

Roberto se había desnudado por completo y yo me lo comía con la mirada. Me atrajo hacia él y me levantó la falda, buscando mis bragas para bajármelas. Entonces se tiró encima de mí en el sofá. Ya no recordaba la última vez que habíamos hecho el amor en un sitio que no fuera la cama. Noté cómo su pene entraba con facilidad en mi vagina. Era un placer casi olvidado. Su cuerpo musculoso, sus ojos marrones, su pelo castaño cayéndole por la cara mientras me penetraba... Dios, era como en el libro. Si cerraba los ojos podía incluso imaginar que era el guerrero George quien me estaba dando ese fantástico meneo. Y eso me excitó, lo que provocó que me mojara aún más.

—Cariño, ¡nunca te había visto tan excitada!

Roberto jadeaba y entraba y salía de mi interior con suaves embestidas al tiempo que yo movía las caderas, buscando más. Puse mis piernas alrededor de su cuello y mi marido flipó.

—Fóllame, Roberto —grité salida perdida—. Hazme tuya.

Mis palabras le pusieron muy cachondo. Me dio la vuelta y me puso mirando hacia Cuenca. Yo me ruboricé un poco, pero cuando volví a sentir su pene dentro de mí, me olvidé del mundo. Estábamos en el viejo sofá del salón y era lo más erótico y atrevido que habíamos hecho a lo largo de los años de nuestro matrimonio.

Roberto me poseía con ganas. Yo imaginaba que era el guerrero George penetrándome en mitad de un campo de Irlanda entre unas pieles de oso.

—Sí, sí, sí, sí... —Mi orgasmo llegó, inesperado y brutal.

Roberto aceleró sus embestidas y se corrió poco después, quedándose en la gloria.

—Cariño, no sé lo que te has tomado o lo que te han dado, pero no lo dejes.

Roberto acariciaba mi estropajoso pelo y yo me moría de la vergüenza. Me vestí con rapidez y fui a buscarle la ropa para que pudiera ducharse. Ya tiraría después a la basura aquel libro endemoniado que me hacía perder la cabeza.